Agrupación de Cofradías de Semana Santa

- Vélez-Málaga -

PREGÓN

Semana Santa 2015

Pregonero:

D. José Manuel Salto Chicano

PREGÓN

Semana Santa 2015

QUE PRONUNCIÓ EN EL TEATRO DEL CARMEN

EL DÍA 21 DE MARZO

José Manuel Salto Chicano

AGRUPACIÓN DE COFRADÍAS DE SEMANA SANTA

- VÉLEZ-MÁLAGA -

© **José Manuel Salto Chicano**

© Agrupación de Cofradías de Semana Santa de Vélez-Málaga

Foto Pregonero: Estudio Enrique Fotografía (Sevilla)

Diseño e Impresión: Gráficas Axarquía, s.l.
C/. Río Genil, 3 bajo - 29700 Vélez-Málaga
Telfs.: 95 250 25 98 - 95 250 70 59

E-mail: info@graficasaxarquia.com

D.L. MA-481-2003

Hecho en Andalucía

EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

El Ángel Gabriel anunció a María: Dios te salve llena de gracia, el Señor está contigo: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra, y el verbo se hizo carne, y en Belén de Judá, en un humilde pesebre, nació un Niño al que pusieron por nombre Enmanuel, Dios con nosotros, y una estrella guió a los Magos de Oriente quienes lo adoraron y le ofrecieron oro, incienso y mirra.

Y el Niño se hizo hombre y calmó la tempestad en el lago Tiberíades y sus discípulos se preguntaron ¿quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen ?, y tocó los ojos a un ciego diciendo "que se cumpla vuestra fe", y sus ojos se abrieron y abandonaron las tinieblas, y dio vida a los muertos, a la hija de Jairo, a la voz de "taliha kumí", (muchacha yo te digo: levántate); y a su amigo Lázaro, tras decir a su hermana Marta "yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí aunque haya muerto vivirá".

¿Quién es ese hombre que caminó sobre las aguas del mar?, ¿Quien es ese que dijo al paralítico "levántate, carga con tu camilla y ve a tu casa"?, y así lo hizo; y al sordomudo "ephata", e inmediatamente se le abrieron los oídos y comenzó a hablar.

¿Quien es ese hombre que fue prendido, escarnecido, juzgado y condenado a muerte de Cruz solo por predicar el amor al prójimo, el perdón, la paz, la caridad, la piedad y la justicia ?; Quien es ese que en el Huerto de los Olivos angustiado imploró "abba Padre", todo te es posible; aparta de mí este cáliz, pero no sea lo que yo quiero sino tu voluntad, y que en la misma Cruz exclamó "elí, elí, lema sabaktani", Dios mío, Dios mío porqué me has abandonado, y tras ello, dando un nuevo gritó expiró, y el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo, la tierra tembló y las piedras se resquebrajaron, se abrieron las sepulturas y muchos cuerpos de santos que estaban muertos resucitaron y ante estos signos, el centurión que lo custodiaba afirmó:

Verdaderamente este era Hijo de Dios.

Con la venia de la autoridad eclesiástica, de la autoridad civil y de la autoridad cofrade, con la venia del pueblo penitente y nazareno de Vélez.

No solo obligado sino también deseado, es comenzar este pregón con la gratitud en mi palabra y en mis sentimientos más íntimos; gratitud a la Agrupación de Cofradías en la persona de su Presidente, que me ha concedido éste alto honor que ni en mis mejores sueños podía imaginar; a mi amigo de la niñez, de la juventud y la madurez, a mi hermano en Cofradía, a mi amigo de siempre Antonio Iranzo, por su cariñosa presentación y por la calidez de sus palabras, producto sin duda de la pasión que genera el mutuo afecto que nos profesamos; gracias Antonio por estar aquí, a mi lado, como en tantas ocasiones en nuestras vidas, metiendo el hombro conmigo; agradecimiento a los cofrades de Vélez por insuflar vientos de popa para que esta nave pueda llegar a buen puerto y gracias a todos los que en directo, en esta Iglesia centenaria, hoy Teatro del Carmen, acudís ilusionados a vuestra cita anual para oír hablar de la Pasión de Cristo y de los Dolores de María, su Madre, los cuales solo cobran su verdadero sentido en la plenitud de la Resurrección, y todo ello según se lleva viviendo en Vélez desde hace siglos; y gratitud, no me olvido, a cuantos desde sus hogares, merced a los medios de comunicación prestan sus oídos a este exaltador de la más grande de las tradiciones de esta tierra. Gracias pues a todos.

Directamente proporcional a esa inmensa gratitud es la responsabilidad que recae, y espero que no pese sobre mis hombros; permítaseme el símil taurino, al igual que el maestro, momentos antes del paseíllo, en el callejón y amparado solo en su capote de paseo siente un frío helador correr por sus venas, el pregonero siente el miedo a no ser capaz de estar a la altura de las circunstancias y de la confianza en él depositada, y se presenta en esta cita, ante este pueblo cofrade, envuelto en el estandarte de su Cristo, de Jesús el Pobre, como en todos los momentos importantes de su vida y dirigido por su fe. A Él me he encomendado y constituye el eje y la guía de esta proclamación.

En esta noche pasional y para mí apasionante me propongo hablar de Vélez y de sus Cofradías, de su historia y sus costumbres, de sus gentes y sus devociones, aderezado todo ello con mi amor a esta tierra que me vio nacer y con mi fe en el Redentor; y espero que mi palabra suene en vuestros oídos y sobre todo llegue a vuestros corazones con toda la fuerza que yo voy a poner en ellas; en esta noche de esperanza, en que los cofrades confían encontrar en esa palabra del pregonero lo mejor de sus vivencias, yo quiero dejar desde un principio clara mis intenciones; deseo que en mi pregón se encuentren todos aquellos que de forma anónima han hecho posible la Semana Santa, que aquí se vean reflejados los que, silenciosamente, acuden a rezar a la capilla de Jesús de la Humildad, demandando aliento para tirar de sus múltiples cruces; los que imploran con fe a la Virgen de las Penas, pidiendo salud para los suyos, ni dinero, ni honores, ni gloria, solo salud, o a los que en esa capilla callejera depositan un puñado desordenado de claveles reventones ante Jesús el Rico, por encontrárselo a diario, como un vecino cualquiera y enseñarle que es posible cargar con la Cruz de la vida y seguir hacia adelante; o en fin, a ese horquillero que como cada año vuelve a su sitio en el varal, para reencontrarse con el Gran Poder de Jesús en su Tercera Caída y llevarlo en sus hombros con tanta suavidad que el divino cuerpo del Señor no note el peso del madero, que como nuestros pecados lo oprime; es a ellos a los que ofrezco este pregón y a quienes se lo dedico.

Corría el 3 de mayo de 1487 cuando el Rey Fernando el Católico, bajo el claro sol de Andalucía, acompañado por el Maestre de Alcántara y todo el séquito que los seguía,

cabalgaba hacia la puerta de Granada, una de las cuatro entradas de la ciudad de Vélez, cuyo origen nadie sabe si es fenicio, romano o islámico y desde luego uno de los últimos eslabones hacia la nazarí Elvira, aún en manos infieles, obsesión y sueño, no solo de los Reyes Católicos, sino también de todos sus antecesores desde que muchos siglos atrás, en la lejana Asturias, D. Pelayo iniciara la Reconquista. Emocionados por la gesta, la comitiva se dirigió a la Mezquita Mayor, la actual Iglesia de Santa María de la Encarnación, y tras proceder a su purificación y con la real presencia celebrar la primera misa solemne. Cuentan las crónicas que el batallón real se hacía acompañar de una Virgen, que protegía y amparaba a los ejércitos, la Virgen de Gracia, que presidió esa primera celebración litúrgica y que quedó en la ciudad, constituyendo seguramente el germen de las nacientes Cofradías, y la primera muestra del fervor mariano de esta tierra.

Más de cinco siglos han pasado desde esos acontecimientos y las Cofradías y Hermandades no solo siguen estando presentes en la vida de este pueblo, sino que se han multiplicado como los panes y los peces, y aunque a lo largo de tan dilatada historia sus usos, hábitos y maneras han variado de manera considerable, pasando épocas de enorme vida y pujanza y otras de muchas dificultades, es lo cierto que hay dos elementos que son comunes a todos esos tiempos y que han actuado a manera de argamasa para permitir su subsistencia, y que a la vez constituyen la razón de ser de su existencia: la fe en Cristo Jesús de todos los hombres y mujeres que de ellas forman parte y el Amor a María, su Madre, como verdadera mediadora de nuestra salvación.

Y es que las Cofradías tienen su origen directo e inmediato en el pueblo llano, a él se deben y su sentir recoge su esencia más pura; podemos decir sin temor a equivocarnos, que las Hermandades no solo son de Vélez, sino que son el mismo Vélez; y ese pueblo, entregado a las imágenes que las distintas Cofradías veneran, quiere lo mejor para ellas; la Virgen irá ornada con el más bello de los mantos y sus bordados y enseres serán el orgullo de sus hijos, y a los pies de Jesús se tenderán las más hermosas de las flores, a modo de caricias que dulcifiquen su dolor en su Pasión y Muerte salvadora.

Pero esto no debe llamarnos a engaño, la representación de la Pasión no solo es la encarnación de los sentimientos de un pueblo puesta en escena con arreglo a unos cánones estéticos, sino también una exteriorización del Evangelio e instrumento de la Iglesia en defensa de la fe; a aquellos que discuten la presencia de esa fe en nuestra Semana Santa yo los invito a que vean como largas filas de personas, a la luz del cirio que portan, acompañan al Señor del Huerto en la noche del Miércoles Santo, o a que contemplen ese peregrinar interminable de veleños en el primer viernes de marzo, cumplimentando al Cristo de Medinaceli en la Iglesia de San Juan, para hacerle, como cada año, de forma fervorosa y esperanzada sus peticiones, o como esa madre anónima o aquella otra persona inválida cuyo hijo empuja un carrito de ruedas van, perdidos entre centenares de velas, que dan la única luz a la noche, aliviando el dolor de María en Su Soledad, en la madrugada más oscura y silente del año, la del Sábado Santo, y en la que el rezo del Santo Rosario es el único sonido, pausado y piadoso, que turba al aire de esa noche negra, noche que dará paso al día más radiante y luminoso, el de la Resurrección. Ahí está la fe del pueblo de Vélez, en esa madrugada de tinieblas en la que ya todo se ha consumado y que camina inexorablemente hacia el alba.

No nos podemos quedar en la superficie, en la belleza del trono del Santo Sepulcro, en la impresionante estampa del caminar de la Virgen de los Desamparados bajo su hermoso palio de pinturas celestiales, con su candelería encendida, con la música como fondo, y ungida con el incienso que el monaguillo travieso esparce de forma alegre; hay que calar más hondo, hay que mirar a los ojos de ese anciano que se conduele y se conmueve con la muerte serena del Cristo de los Vigías, o a esa mujer que contempla extasiada el expirar desgarrado del Cristo del Mar, o a aquel niño que se queda respetuosamente paralizado al percibir como Jesús, ya muerto, y que pese a ello es fuente de vida eterna, es descendido de la Cruz, con todo el amor del mundo por los santos varones; porque la Semana Santa está llena de contrastes, pero no por ello de contradicciones; es el dorado de nuestros tronos y su majestuosidad, el barroco, la plata, la música sugestiva y sugerente, el aroma arrebatador del incienso, la cera y la flor, el goce de lo vivido y recordado y lo por vivir; pero también es el silencio, la oración sencilla y sincera, el amor y la fraternidad, el testimonio siempre presente de los que ya no están, el abrazo en la tarde del Viernes Santo, ante esa imagen en cuyo corazón solo anidan la piedad y el perdón, la Virgen de las Angustias, de dos amigos que por cosas pequeñas de la vida no se hablaban; el fervor mariano y sobre todo el encuentro con nuestra fe; fe con mayúsculas y quizás sin mayores explicaciones, pero fe sincera y desinteresada y esa, justamente, es la grandeza de la conmemoración de la Pasión salvadora de Jesús, según Vélez y los veleños.

Hoy, las Cofradías, en todo el mundo cristiano son más Iglesia que nunca; en estos tiempos difíciles, en lo material y en lo espiritual, en los que vivimos años de sufrimiento, de necesidades y de dolor en muchos de nuestros vecinos y hermanos, y en los que precisamente, en esas situaciones, también han aflorado las mejores de las condiciones de los seres humanos, aquellas que nos hacen ser merecedores del calificativo de hijos de Dios: la generosidad, la fraternidad, la caridad, la grandeza de los lazos familiares y el auxilio a tanto y tanto necesitado, y en ello, la Iglesia, a través de sus distintos brazos, como Cáritas, Manos Unidas, los Consejos Diocesanos y Parroquiales, ha sido ejemplo y bandera, y probablemente ha constituido la primera caja de resistencia de esta nación; y nuestras Cofradías, siempre de la mano de esas santas instituciones se han volcado en la ayuda a los demás: comedores sociales, bolsas de caridad, implicación absoluta en campañas de juguetes para niños, bancos de alimentos, en fin la vanguardia de la solidaridad. Cofrades de Vélez, permitidme que saque pecho por vosotros, que reconozca públicamente vuestra entrega y generosidad, y que aunque sé que habéis ocultado siempre a la mano derecha lo que hace la izquierda, yo quiero proclamar públicamente y en alto, que podéis estar orgullosos de vuestra condición de cofrades y miembros de la Iglesia; que en estos tiempos difíciles habéis dado siempre la cara y mostrado con ello ejemplo de lo que es una auténtica y cristiana hermandad.

Y qué decir en el ámbito moral, en tiempos también muy borrascosos en los que prima lo material sobre lo espiritual, y en donde valores que debían ser indiscutidos son puestos en tela de juicio; la defensa de la vida en todas sus formas, desde el momento de la concepción, es postulado esencial de todas nuestras hermandades, o la reivindicación del derecho al trabajo digno para todos, o la igualdad de los seres humanos con independencia de su sexo, raza o credo, o la importancia de los lazos familiares; el compromiso social con los más débiles, ancianos, discapacitados, personas privadas de libertad; como digo,

en todas esas trincheras, la posición de las hermandades y sus miembros no es dudosa; de esa manera se da cumplimiento al mandato evangélico de dar de comer al hambriento, de beber al sediento, de acoger y ayudar al abandonado y en definitiva de alentar y dar amor a todo aquel que lo precisa.

Esa implicación es ancestral en el tiempo; a mitades del siglo XIX con motivo de una terrible epidemia de cólera fueron importantísimos los socorros prestados a los afectados por la Hermandad de la Caridad, y al contemplar a la Virgen de tan bella advocación y más hermosa virtud es fácil leer en Ella las palabras del Papa Francisco: "Viene el otro espíritu, aquel de esa caridad que todo sufre, todo perdona, que no se vanagloria, que es humilde, que no se busca a sí misma". Y es que con esas condiciones es lógico comprender la implicación de la más antigua de nuestras cofradías en la labor de auxilio a los presos en siglos pasados, ya que siempre ha hecho honor a su advocación; y es que, como dijo el sabio musulmán Ibn-Aljathib: Vélez es buena tierra y patria del creyente; así ha sido, es y seguirá siendo.

Para cerciorarse de que es buena tierra y que el Creador fue inmensamente generoso al concedérnosla basta contemplarla desde la almena de la Maroma, en donde la Cordillera Penibética comienza a morir abruptamente en las Sierras Tejeda y Alminara, para terminar entregada mansamente al cálido y azul Mediterráneo, derramando en ese discurrir lo mejor de la naturaleza; entrelazados con sus verdes pinos, antaño las higueras que daban las más dulces frutas, después la caña de azúcar y hoy los únicos y maravillosos mangos y aguacates. ¿Fue o no el Creador magnánimo con nuestra Axarquía?.

Que es tierra de creyentes es fácil aseverarlo conociendo su historia: la ciudad desde su reconquista se estructura en torno a cuatro edificios de fundaciones religiosas: la Iglesia de San Juan Bautista, el Convento de Santiago, el Hospital de San Marcos y el Convento de Nuestra Señora de Gracia, y aquí están o han estado las principales órdenes religiosas. Los Franciscanos llevan más de cinco siglos de presencia en Vélez, con el intervalo de ochenta años con ocasión de la desamortización de Mendizabal, y su magisterio es constante en las vidas de muchos de nosotros, que nos hemos formado en su colegio, que desgraciadamente desapareció; que nuestras Cofradías han sido y son Franciscanas es verdad irrefutable, actualmente cinco de ellas radican en su Iglesia, sin contar las que a lo largo del tiempo han estado vinculadas a la Orden; nuestra propia Patrona, la Virgen de los Remedios ha recibido culto en la Iglesia de Santiago, y el testimonio de muchos de esos frailes es un ejemplo; baste recordar en nombre de todos los demás, a nuestro querido y respetado pregonero fray Julián Marcos, en el recuerdo agradecido de veleños y cofrades. Qué decir de las Clarisas, aquí también desde esa misma época, y aunque desde hace poco tiempo, lamentablemente fuera de lo que siempre fue su convento, muy ligadas a la vida de las Cofradías; cómo olvidar que en su clausurada Iglesia han recibido culto muchas de nuestras más queridas imágenes, y han sido cuidadas y mimadas por las Claras, y aún hoy al pasar por la calle de las monjas, donde seguiremos sintiendo los dulces tonos de sus voces en sus rezos diarios, seguro que un halo de nostalgia nos recorrerá el cuerpo, recordando lo que fue y nunca debió dejar de ser. O las Carmelitas, orando por el mundo en su voluntaria clausura, y gracias a Dios aún en el corazón de la ciudad, y sus monjitas esperando con ansiedad la llegada de la Cuaresma para cumplir con el rito anual

de recibir entre los muros de su Iglesia a los dos visitantes más esperados e ilustres, al Rico y a la Piedad. O la Orden de San Juan Dios, también antaño vinculada a Vélez, ejerciendo, como siguen haciendo por todo el orbe, la caridad entre los más abandonados de la fortuna y regentando desde las terribles epidemias de fines del siglo XVII el hospital de San Marcos, por concesión de un veleño ilustre, el Obispo Fray Alonso de Santo Tomás; hospital convertido en residencia de personas mayores desprotegidas y muy vinculado a la Cofradía de la Tercera Caída y la Amargura, imágenes que son la devoción de todo el barrio del Pilar, cuyos vecinos esperan ilusionados el regreso a su capilla del hospital que es donde han estado y donde deben estar.

Es mucho lo que las Cofradías significan en la vida de la ciudad y mucho lo que sus miembros han dado a la colectividad, y mucho más lo que seguro van a seguir ofreciendo, por eso, el pregonero, se cree legitimado y obligado para hacer una petición a nuestros dirigentes, cualquiera que sea su color: las Cofradías necesitan seguir creciendo y en la vida de ellas es indispensable, en el momento que nos encontramos, poder contar con casas de hermandad desde donde se aúnen esfuerzos de jóvenes y mayores en esa labor de entrega a los demás que como digo ejercen; para ello es indispensable la colaboración de los rectores municipales; ha de perseverarse y ampliarse en esa ayuda pública para que esos lugares de encuentro constituyan de forma inmediata una realidad, que les permita seguir haciendo hermandad, en pro de toda la comunidad y de los que más lo necesitan.

Pronto está en llegar el tiempo del gozo, tiempo de contrastes en el que la muerte dejará paso a la vida, en el que la victoria de la Cruz será justamente esa: que la vida prevalecerá sobre la muerte, y donde, merced a ello, ese pueblo que como acabo de decir está vinculado a la Iglesia secular y estrechamente espera, como siempre en estos días de vísperas cuaresmales, la llegada de la Semana Santa, para reencontrarnos con los seres queridos que ya no están con nosotros, y que por mediación de María están en la presencia del Padre Dios. Y así, ese niño, hoy en el inicio de la edad adulta vivirá como presente, junto a su madre, eternamente joven, la emotiva salida desde la Plaza del Carmen de la Novia de Vélez, de la Virgen de la Piedad, derramando como siempre gracia, donaire y belleza; o esa otra mujer recordará como su marido, igual que cada Cuaresma, le contará con nostalgia que tuvo la dicha de presenciar como la gubia de un modesto imaginero, en las cercanías de la Cuesta Gomérez de la vecina Granada, daba vida al que es Señor de Vélez, a Jesús el Pobre; o esa madre, ya en edad avanzada, volverá a ver a su hijo presente entre las filas de los estudiantes que hacen penitencia con Jesús Atado a la Columna, como hizo desde que fuera niño; o en fin, aquel otro hombre volverá ilusionado a su dichosa juventud, para de manos de su querido y recordado amigo, llevar en sus hombros, compartiendo varal, en el que como casi todos los niños de Vélez se hicieron hombres, a María en Su Soledad.

Cercano está el tiempo donde nuestras Cofradías volverán a cumplir uno de sus postulados esenciales, el culto público a Jesús y a María; nos presentarán a Cristo para que todos lo sedientos de Él puedan saciarse, Orando en el Huerto de los Olivos, como cada Miércoles Santo, y con los hombres y mujeres del Vélez que plantaron las higueras a las que antes me referí, o los que cultivaron durante años la caña de azúcar que daba el más

dulce de los almíbares, o los que hoy miman los mangos y aguacates, rezando con Él y tras El; ese Vélez agrícola siempre irá tras su Señor del Huerto, ese Señor amparado en un olivo axárquico milenario, ese Señor humano, que como nosotros tuvo miedo ante la muerte cierta y próxima, y no por ello perdió un ápice de su grandeza; ese Señor, que pese a sudar sangre, imploró a su Padre que se hiciera su voluntad, ese Cristo humano, antiguo y moreno, que encierra en sí mismo todo el embrujo, el pellizco y el misterio de la Semana Santa, ese, es el Señor de la Axarquía.

Y tras Cristo irá siempre su Madre, María, para que todo el amor de ella pueda cubrir ante su Hijo nuestros pecados, intercediendo por su perdón; para que el manto azul purísima de Nuestra Madre de los Desamparados dé cobijo a tantos y tantos suplicantes de amparo y protección; y para que ese manto blanco de virtud sin igual sea el espejo en que encontremos la Piedad de María, que realmente anhelamos y necesitamos, y en ese otro manto de bordados centenarios busquemos toda la Caridad que requieren los tiempos que vivimos, y como olvidarme, para que el maravilloso manto verde que recoge en sí mismo a la propia naturaleza, nos regale toda la Esperanza sin la cual no es posible coger la Cruz de cada día y seguir a Jesús por los complicados senderos de la vida. Y es que este pueblo es mariano sin condiciones, ¿quien lo duda?.

Permítaseme la anécdota: durante el siglo XIX cuando viajar era una aventura y el viajero dejaba testimonio escrito de sus vivencias, un inglés, ilustre peregrino de caminos, que en su mundano itinerar recaló por estos pagos, se asombró y así lo relató de que sus gentes, paseando por las calles, no se despidieran como era lo usual en la mayoría de los lugares con un "vaya usted con Dios", sino con un "vaya usted con la Virgen".

Y en ese fervor mariano, todos nos encontramos en la devoción de la que es remedio de penas y pesares, la Virgen de los Remedios Coronada, la que en nuestro pecho tiene su altar, la que está en el antiguo cerro de San Cristóbal, atalaya privilegiada de amor, desde donde con solo asomarse a cualquiera de sus balcones, es fácil comprender el poder inmenso de Dios; la que en su ermita vela con mimo, como solo las madres saben hacer por todos y cada uno de nosotros sus hijos, desde que a finales del siglo XVI la trajera a este su pueblo Dª. María Calderón, y a la que tantas veces hemos implorado y suplicado en tiempos de epidemias, de sequías, de guerras y calamidades, concediéndonos siempre auxilio y comprensión. Con motivo de la más grande de las tragedias que hayamos vivido, en 1804, con miles de muertos causados por la epidemia de fiebre amarilla es llevada a Santa María de la Encarnación en rogativa, y su presencia fue bálsamo que curó heridas y atenúo dolores, por eso fue coronada como Reina y en esa corona van engarzadas las gracias y los sentimientos de esa pléyade de veleños que a lo largo de todos estos siglos han acudido a suplicar su protección y por ello, con fervor, con mucho fervor y amor, quiero implorarle:

Virgen de los Remedios Coronada, ora pro novis, ruega por todos nosotros, sigue siendo refugio de pecadores, la roca a la que sujetarse en las tempestades de la vida, Madre mía de los Remedios, no dejes de ser el faro que guíe a la costa de la salvación a todos tus hijos veleños.

Cuantas madres en la difícil hora del alumbramiento se han asido a la medalla de su Virgen, de los Remedios, de los Dolores, de la Esperanza o de la Piedad, pidiendo con la

generosidad que solo las madres saben pedir, no por ellas, sino por el hijo que está por llegar, y cuantos de nuestros seres queridos antes de dejar este mundo y alcanzar la presencia de Dios en la vida eterna, se han llevado al pecho su medalla o su estampa de la Virgen del Rocío, de la Amargura, de las Angustias o de las Penas, con la fe y la seguridad de que por su mediación ganarían la vida eterna, y que en cualquier caso, el trance se haría mucho más llevadero con la mirada puesta en Ella; como seguramente resultarían confortados los que en tiempos afortunadamente muy lejanos, eran juzgados y condenados a muerte en esta ciudad, injustamente ejecutados en la Plaza, delante del Camarín donde siempre ha estado la Virgen de los Desamparados y donde a mí me gustaría que siguiera estando, encima de la Puerta Real de la Villa; ajusticiados cuya última visión desesperada era para el dulce rostro de la Virgen de los Desamparados, otrora Concepción y siempre Inmaculada, en la que, al encontrarse con su mirada azul seguro que hallaron aliento y perdón. Digo injustamente ejecutados, porque aunque lo fueran bajo el paradigma formal de un juicio y una sentencia, actos humanos al fin y a la postre, la vida es una gracia de Dios y de ella solo Él ha de disponer, sin que a ningún ser humano le sea dable negociar con ese valiosísimo don que el Creador nos otorgara. Desde la concepción la vida debe ser protegida, y a todos nos compete esa defensa, y por ello, nuestras Cofradías siempre han estado unidas a los movimientos que lo han proclamado y defendido. Así ha sido y va a seguir siendo.

Fácilmente comprensible es ese postulado al contemplar a nuestra Virgen de las Angustias Coronada, en la noche del Viernes Santo, bajo el cielo como palio estrellado, y a los sones legionarios del novio de la muerte, cómo acoge en su piadoso y maternal regazo al más injusta y cruelmente condenado, a Jesús, pero su mirada plena de dolor, ternura y amor, no se dirige al cuerpo yerto, exangüe y desarmado de su Hijo, mira a la vida, a la vida que su injusta muerte nos dio; ni siquiera cuando momentos después se abran las puertas de San Juan, las que donara a la ciudad el arzobispo de Santiago, fray Rafael de Vélez, y por ellas salga esa joya en forma de urna, que es orgullo de todos, con el cuerpo de Jesús dormido por su amor a los demás, acunado con el sonido de la marcha fúnebre de Chopin, como solo su elegante horquillería sabe hacer, con una mecida que logrará que los maravillosos plumeros que la coronan y miran al cielo se muevan como si no lo hicieran, ni en ese instante, repito, la muerte vencerá a la vida.

Nuestras Cofradías ejercen como he dicho la defensa de la vida, y también de la paz, como nos recuerda la bellísima Virgen de la Cofradía de la Humildad, de advocación claramente franciscana, cuya sola presencia nos invita y nos convoca a esa paz con nosotros mismos, pero sobre todo con los demás, la Paz soñada y deseada, a la que en sus mayores expresiones, a la PAZ con mayúsculas se va por acuerdos, por renuncias, por la comprensión, el diálogo y la tolerancia, pero sobre todo se va por el amor, por el amor de los hombres para con sus semejantes, por muchas diferencias que existan entre ellos; a la Paz se va por dar cumplimiento a ese nuevo mandamiento que nos dio y nos enseñó Jesús: amarnos los unos a los otros como Él nos amó. Este Jueves Santo, Nuestra Virgen de la Paz, la aniñada Virgen del Convento Franciscano, volverá a caminar por nuestras calles y en cualquiera de sus esquinas, cuando el día esté transitando hasta la noche, su dulce mirada nos volverá a regalar esa Paz que su maternal y divino rostro encarna.

Paz que hace tantos años nos donó el Cristo de los Vigías, Cristo entre faroles y claveles rojos que simbolizan tanta sangre humana inútilmente derramada, sangre de hermanos a manos de hermanos, en tiempos oscuros y afortunadamente superados; Cristo de concordia y unión, entregado a los demás desde la altura de su retablo de Santa María o desde la cercanía de su capilla de San Juan; Cristo que a presencia de su Madre, la del Mayor Dolor, dibuja en su bendito rostro de muerte serena cómo la reconciliación de todos sus hijos es mandato divino, que lo que sucedió jamás debe volver a ocurrir, que la defensa de ninguna idea o creencia, por legítima que sea, justifica el enfrentamiento entre seres humanos, y menos aún entre hermanos, y que el Amor es el primer postulado de la condición humana; por eso yo, rendido a la maravillosa y centenaria imagen del Cristo muerto por nosotros, del Cristo Crucificado de los Vigías de Vélez, me atrevo a pedirle, gracias a tu ejemplo de Amor, Señor, gracias a él y por él nunca más.

Ese inmenso Amor de Dios lo volveremos a sentir en forma plástica, a la manera nuestra de hacer las cosas, en el tránsito salvador de la Pasión, y nos lo dejará la Cofradía de la Sentencia, cuando en la calle de las Monjas, en esa ascua de luz que es su trono, con su dorado refulgiendo más que en ningún otro lugar, verdadero trono de Rey, que con tanto esfuerzo y sacrificio su Cofradía le ha ofrecido y que convierte en bellísima la escena, donde la más trascendente de las sentencias que jamás se dictara será pronunciada por Pilatos, lavándose las manos y entregando al Calvario al Hijo del Hombre: he aquí vuestro Rey; y el pueblo soberano de Vélez proclamará que el Cristo sentenciado y entregado a la Pasión, es el rey del amor y de la misericordia, el rey del desvalido, del desheredado de la fortuna y del que solo vino al mundo a sufrir, el rey de nuestras almas.

Como ocurrirá en la calle Coronada, la que encierra en sí misma la larga historia de Vélez, y en la que el Vélez de ayer y el de hoy se enlazarán simbólicamente en el Vélez eterno, cuando una nueva Cofradía pero arraigada ya en nuestras vidas, lleve a su Cristo, al Coronado de Espinas, delante de la Puerta de Antequera, con la juventud veleña proclamando a los cuatro vientos que ese Cristo flagelado, con corona de espinas y con la caña en las manos, como únicos atributos de su grandeza y majestad, en un trono que nos recuerda los antiguos y veleños tronos de carrete, es también el rey de la juventud cofrade y comprometida, juventud que es el fruto de la historia y de la tradición, pero que además, y es los más importante, es la esperanza de que el mañana llegará.

Como igualmente nos emocionaremos cuando el largo cortejo que precede al Ecce Homo, flanqueado por el fuego purificador de las hachetas, ponga su Cruz de guía, fiel a su cita anual del Martes Santo, en la Plaza de las Carmelitas, con la Virgen del Amor esperando pacientemente la llegada del día que siga a su Hijo, acompañado de un barrio y una Iglesia nuevos, pero en los que en tan poco tiempo han conseguido calar hondo y ser una prueba de que la fe ni tiene límites, ni está anclada solo en rancias tradiciones, sino que es consustancial al ser humano, y que el mensaje de perdón de Cristo, mostrado al pueblo azotado y humillado por el pecado del hombre sigue estando vigente, y que en cada persona víctima de la pobreza, de la incomprensión, de la intolerancia, del desprecio de los demás, es de plena actualidad y esta Cofradía nueva pero sabia y ejemplar nos lo recuerda, y al igual que sus incontables penitentes arropan al Cristo afligido, nosotros, los cofrades y los cristianos tenemos que ser capaces de arropar y cobijar a todos esos cristos que la vida diaria nos pone en el camino.

Quede aquí pues mi reconocimiento y homenaje a los jóvenes, del Ecce Homo y a los del Coronado de Espinas que en el siglo XXI han demostrado que la Semana Santa sigue estando, como quien es su fuente de inspiración y única razón de ser muy viva, y también como Él, presente entre nosotros; como igualmente nos lo enseñará la eterna juventud de la Cofradía de los Estudiantes, cuando nos ofrezcan lo mejor de ellos, su Cristo Atado a la Columna, vitoreado por las notas entrañables del Gaudeamus convertidas en marcha procesional, para convocar a los estudiantes de ayer, de hoy y de siempre a presenciar como llevan a paso ligero y apresurado, pero a la vez generoso a su Cristo, de forma impetuosa y exigente, como diciendo, aquí vamos nosotros, con nuestra exultante juventud, subiendo la cuesta del Carmen y caminando hacia el encierro a la casa de la Calle de San Francisco, presentando al Mesías resignado a su suerte salvadora, como la fuente de todos sus aprendizajes y saberes, para que como hizo El, esos conocimientos sean siempre puestos al servicio de los demás; ese es el Cristo del que yo, como estudiante que he sido me enamoré y del que como estudiante que por siempre quiero seguir siendo, continúo enamorado.

Y es que esta juventud, seguro que la mejor de nuestra historia, la más preparada, la que sufre el azote de la falta de trabajo, de expectativas y de soluciones, y en ocasiones el injusto desprecio de los mayores, que ni la valora ni la considera; la que se ve obligada a marchar a tierras lejanas a ofrecer a otros sus muchas aptitudes y virtudes, con el dolor de sus padres y amigos, cargando en su maleta solo el más grande de los tesoros, sus conocimientos e ilusiones; es en ellos, en esos jóvenes, en los que recae el testigo de ser, como dice el Concilio Vaticano la luz, los pregoneros de la fe y de las cosas que esperamos y cuya misión es nada menos y nada más que reconstruir el mundo.

Esa es nuestra juventud, en la que yo creo profundamente, y a la que en este momento rindo mi tributo, en voz alta y sin ambages, a la juventud del Ecce Homo, a la del Coronado de Espinas, a la de los Estudiantes y a la de todas las Cofradías veleñas.

Juventud a la que se llega tras la niñez; dejad que los niños se acerquen a mí, decía Jesús, y eso es lo que ocurrirá este Domingo de Ramos, que será más de estrenos y más radiante que nunca; donde el sol iluminará el rostro festivo de nuestra madre del Rocío, el rostro enamorado y tierno, con mirada prístina, pura y transparente, la mirada que se anticipa al Pentecostés prometido y deseado, en esa devoción universal de carretas, caminos, rezos, cantes y oraciones, que tras Él irá con la satisfacción de la madre que goza con su hijo triunfante y aclamado; los Hosanna resonarán en Vélez más que ningún otro año, cuando por primera vez un Cristo renovado y veleño entrará triunfalmente en nuestras vidas a lomos de una borriquita y llevado con todo el amor que las mujeres de esta tierra son capaces de dar. Ese imagen nueva, como la doctrina de Jesús, es, válgame la alegoría, una invitación a renovar nuestra fe en Él y a desear recuperar la limpieza de las miradas y la nobleza de los sentimientos de los niños que con sus palmas lo acompañan. Cofrades de la Pollinica, en nombre de todos, niños y mayores que un día lo fuimos, gracias por tantos años de ilusiones, por transmitir a nuestra infancia lo mejor que tenemos, el más grande de nuestros legados; sé que en manos vuestras está nuestra Semana Santa, seguro que ese Cristo nuevo que con tanta ilusión y cariño nos habéis obsequiado este año, hará que esas manos generosas y abnegadas, manos sin manchas ni recelos y al servicio siempre de los demás, sean firmes y decididas en defensa de nuestra tradición y de nuestra fe.

Como decidida y abnegada fue María Magdalena, pecadora como cualquiera de nosotros pero fiel y discípula sin condiciones ni exigencias de Jesús; junto a Él y su Madre en el Calvario, en su espera paciente a las puertas del sepulcro, la primera a la que Cristo Resucitado mostró el triunfo de la vida sobre la muerte, el triunfo de la fe sobre el materialismo; la que irá tras Jesús Cautivo de Medinaceli en la noche del Miércoles Santo, indicándonos que el reino de los cielos está abierto al arrepentido, que la Misericordia de Dios no tiene límites, que el cáliz que lleva en su mano contiene la fuente de vida eterna; la que acompaña también al Cristo del Amor en el momento que es descendido de la Cruz por los hermanos de la Cofradía franciscana de la Caridad, cuyos primeros cofrades fueron, sin duda, los santos varones, Nicodemo y José de Arimatea; Cristo al que por razón del pecado humano ha abandonado la vida, pero que por nuestra salvación nos muestra de forma plástica y evidente su generosidad, su perdón, su entrega a los demás, dando por ellos el bien más preciado que tenía, y en el que comprenderemos de forma inmediata toda la verdad que encierra esa oración del Santo de Asís que no me resisto a recitar:

Dando se recibe
olvidando se encuentra
perdonando se es perdonado
y muriendo se resucita a la vida eterna.

Muerte que preludia el Martes Santo, desde el Paseo Nuevo, con el azahar de testigo, como corresponde a nuestra generosa primavera, la Virgen de los Dolores, con el negro del luto castellano en su manto y el dolor de la muerte presagiada y sabida en su corazón, con el alma traspasada por la espada, y con su pueblo queriendo sosegar tanto sufrimiento recogiendo sus lágrimas derramadas, y llorando con Ella, como lo hace la cera de su candelería, sintiendo su soledad, doliéndose con su dolor, orando con su oración y amándola con su Amor.

Y nosotros, sabiendo que no ha de buscarse entre los muertos al que está vivo nos encontraremos con Jesús Resucitado aclamado por su pueblo, como ocurrió el Domingo de Ramos, en el que cobrará sentido la Pasión que hemos vivido una vez más según Vélez, y que en mi visión estoy intentando describir; Cristo volverá a caminar radiante, con los estigmas aún de lo ocurrido y desearemos que llegue el día que sea acompañado por esa Estrella que nos guiará a todos hasta el camino del ejemplo de su Hijo, como en su día mostró a aquellos Magos, en el lejano oriente, la ruta hacia el modesto pesebre que cambió la historia de la humanidad.

El pregón en este momento, necesariamente como el río vierte sus aguas al mar, ha de desembocar en el Jueves Santo, día del amor fraterno, y en el que el pregonero sueña con la ilusión no perdida del niño, en las vísperas de esos Magos a los que me he referido, y lo hace con volver a encontrarse en la mañana de ese día con el Cristo del Mar bajando desde el Cerro de los Remedios, con el Mediterráneo del que nos llegó, tras surcar el Atlántico, como fondo, como llegan las pateras donde viajan el dolor, la injusticia y la vergüenza de la llamada sociedad del bienestar; mar que le rinde homenaje, enmarcando en azul la escena, acompañado de la Virgen de las Penas, que ni por un momento querrá dejar a su

agonizante Hijo solo en ese trance, y nos dirá, que aún abandonado a su suerte, el que cree en Él no morirá; y una vez llegado al corazón de su pueblo, que lo espera impaciente, al entrar a la Iglesia de San Juan, donde por el amor de sus hijos será entronizado, un penitente de bronce que en realidad esconde a todos los penitentes de Vélez depositará a sus pies, con humildad pero con mucho amor una modesta, pero dulce peladilla.

Y el pregonero sigue soñando con la tarde de ese mismo día y lo hace viendo salir a Jesús el Rico, como toda la vida fue, de la Iglesia del Carmen, con el trino de Juan Breva recibiéndolo en su rezo por soleares o por martinetes, diciéndonos, venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos y os aliviaré, y tras Él a la divina Virgen que es novia de Vélez, a la Virgen de la rosa roja en su mano, deseando llegar a esa plaza de su camarín, en el que su palio será la brisa fresca y la espuma de la ola, la azucena y el jazmín y en el que en cada una de sus mecidas, sus bambalinas pondrán en la noche un quejío y un requiebro; y con el sol ya oculto y la noche dueña de nuestros deseos, contemplaré a Jesús, con buganvillas malvas a sus pies, como a mí me gusta, en su caminar sereno en la difícil vuelta de las cuatro esquinas, enseñándome que el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado, y en fin, tropezaré con el emotivo regreso de Jesús del Gran Poder a su barrio, donde lo recibirán con fervor e ilusión, y en el que su impresionante y caída estampa, atrapada por el peso de la Cruz no le impedirá proclamar que hay que cargar con el yugo de cada uno, aprender de El, que es manso y humilde de corazón y así encontraremos el descanso para nuestras almas, almas que disfrutarán de la Virgen de la Amargura, que es la verdadera puerta del cielo, cuya presencia explica que, al igual que su Hijo que la precede, aún agotado, aplastado por la Cruz y desfallecido vuelve a levantarse, nosotros también hemos de hacerlo y que su inmenso manto rojo que encierra pasión y calor divino, es anhelo y refugio, consuelo, protección y camino de salvación.

Y en ese soñar despierto y compartido con vosotros, cofrades de Vélez, el pregonero ya está en el patio de su amado y evocador convento franciscano, a solas con sus recuerdos, sus vivencias, temores e ilusiones, con la seguridad del anonimato que le da su capirote verde y en la disciplina de la fila de penitentes que le permitirá acompañar un año más, gracias a Dios, a su Virgen, a su Virgen Marinera de Capuchinos, a la Virgen a la que una vez tuvo la dicha de pregonar, la Virgen que estos días atrás, en Cuaresma, es guapa mujer hebrea, que en Pentecostés es limpia Paloma Blanca, que por los Santos está transida de dolor por sus hijos que nos dejaron, que en adviento es Celeste Inmaculada y que siempre es nuestra Esperanza; la que cuando le pedí me dio, la que cada vez que a su ayuda acudí la encontré; la Virgen de mis mayores, de los que ya no están y de los que se quedaron, la Virgen de mis pequeños, la de mi hijo y mis amigos, la de mi infancia y mi adolescencia, la Virgen de mis secretos, la de toda mi vida; la que en su pequeña capilla guarda incontables confesiones, ruegos y promesas, la que en la noche que ya está llegando lucirá como siempre, entre claveles, lirios, rosas y gladiolos y a pesar de eso, Ella será la única flor que recordemos; la que irá iluminada por la luz de su candelería encendida y sin embargo, Ella será la única que pondrá luz en nuestras pupilas; la que caminará a los acordes de Esperanza de Vélez y yo, no obstante, la única música que oiré será la que mana de sus dulces labios, y mi corazón, a su lado, palpitará acelerado y emocionado y en sus inmensos ojos verdes veré a un corazón cuyo pulso siento en mis venas, que en esa misma madrugada y en la lejana y a la vez cercana Sevilla, donde vivo ejerciendo de

veleño, latirá también emocionado al encontrarse frente al rostro divino de la Esperanza Macarena o al sentir el silencio, que os aseguro que se puede sentir, en el regreso de Jesús del Gran Poder a su plaza de San Lorenzo; y esta mi Virgen, la del sin igual manto verde donde en cada una de las puntadas con que se ha bordado va todo el cariño de sus hijos y cuya advocación es la más bella de las virtudes, sin las cual no es posible vivir, digo, esa Virgen nos llenará a todos de Esperanza, nos colmará con su Esperanza.

Y a lo largo de toda esa noche seguiré gozando de Ella, pero sintiéndolo a Él, a Jesús el Pobre, el guardián de mis noches y el centinela de mis amaneceres, el Nazareno que sostiene mis días y que en su Cruz lleva todas mis miserias, contradicciones y pecados; el que irrumpirá por la Plaza de San Francisco, quebrando por fin la noche, rescatando almas y sanando corazones, en su firme paso hacia el Gólgota, bajo la luz de sus faroles portados por sus bellos y panzones angelitos querubes, y arropado por claveles rojos que recogen las súplicas y plegarias de sus devotos; el que lleva la pita verde de nuestros montes a sus Pies, preludio de la generosidad de los aromas de la sierra axárquica, que el romero y el tomillo horas más tarde nos traerán. Cristo mío, al que soñaré bajando majestuosamente, como solo Él sabe hacer, por la calle de Enmedio, donde antaño las horquillerías tomaran el ajobacalao, momento en el que su mecida, bajo la luz de la luna de Parasceve se tornará suave, melodiosa y única y lo acercará a la gloria, gloria que es Él mismo, y el pregonero sentirá la nostalgia de su juventud cuando sus hombros soportaban el dulce peso de su Cruz, que quiero que sea la mía, y en fin viviré, como todos vosotros, turbado y emocionado, el instante en que como cada año, con la noche detenida, queda y callada ante El, negando el paso al día, bendiga merced a su omnipotencia a presentes y ausentes; y al concluir la madrugada le daré gracias por haber vivido un año más para poder estar a su lado, e inmediatamente, nada más despojarme de mi anonimato y dejar el capirote hasta otro año, sentiré la añoranza de lo pasado y el anhelo de lo que ha de llegar, sentiré la añoranza y el anhelo de mi Jesús el Pobre.

La voz del pregonero, quebrada ya por tanta emoción contenida primero y después derramada se apagará, y de su palabra solo irá quedando un eco cada vez más lejano y distante, pero el peso de la tradición y sobre todo el de la Fe de este pueblo hará que el milagro de su Semana Santa, como desde hace siglos, cada año se renueve, y el legado que recibimos de nuestros padres será trasmitido a nuestros hijos, quienes a su vez lo regalarán a nuestros nietos y Jesús seguirá sufriendo en la Cruz y padecerá por nosotros con la presencia siempre de su Madre, María Inmaculada, pero esa Pasión no será estéril, tras ella vendrá el gozo de la Resurrección donde entenderemos que ciertamente Él es ÉL CAMINO, LA VERDAD y LA VIDA.

Que así sea.

En Sevilla para Vélez-Málaga, en la Cuaresma del año del Señor de 2015.

José Manuel Salto Chicano

José Manuel Salto Chicano nace en Vélez Málaga en el año 1959 cursando sus primeros estudios en el hoy desaparecido Colegio Franciscano; desde su infancia pertenece a la Archicofradía de Jesús Nazareno el Pobre y María Santísima de la Esperanza, acompañando como nazareno a Jesús el Pobre todos los Jueves Santos.

Cursa el Bachillerato en el Instituto Reyes Católicos de Vélez Málaga y en esos años forma parte de la primera horquillería del nuevo y actual trono de la Cofradía de Jesús Atado a la Columna, la de los Estudiantes. Tras finalizar el bachillerato, en el año 1976 se desplaza a Granada donde cursa la carrera de Derecho como Colegial del Real Colegio Mayor de San Bartolomé y Santiago. Durante esos años es horquillero de su Cristo, Jesús el Pobre, e ingresa como hermano en la Cofradía de la Soledad de la que también fue numeroso años horquillero, como igualmente lo fue de Nuestra Patrona, la Virgen de los Remedios Coronada.

Al finalizar la carrera ingresa por oposición en el Cuerpo Superior Jurídico de Secretarios Judiciales en el año 1985, habiendo ejercido su profesión en las ciudades de San Roque (Cádiz), Las Palmas de Gran Canaria, Málaga y Sevilla donde está destinado en la actualidad.

Casado en primeras nupcias en la Iglesia Franciscana de Vélez con María Dolores Martín Pareja en el año 1986, falleciendo esta en el año 2000, de cuyo matrimonio ha tenido su único hijo.

Contrae matrimonio en el año 2012, en la basílica de Jesús del Gran Poder, con María Auxiliadora Duque Ordóñez, trasladándose a Sevilla donde en la actualidad vive y ejerce su profesión.

Ha sido el noveno pregonero de su Archicofradía del Pobre y de la Esperanza en el año de 1996.